

## 23) El sufrimiento fecundo

Jesús no ha alejado el sufrimiento de sí mismo, porque no quería, no podía separarse del amor. Ha sufrido hasta el final porque ha amado hasta el final. Por esto, cada sufrimiento vivido en Cristo se convierte en pascual: un paso a través del cual el dolor pasa a la alegría de su victoria. Cada sufrimiento, en Cristo, puede convertirse en dolores de parto.

Aún más, esto es imposible para el hombre; esto es obra de Dios, el milagro que el Crucificado realiza en seguida para su Madre. El sufrimiento de María ante la muerte de su Hijo se transforma en dolores de parto de la nueva humanidad, de la humanidad que vive del amor de Cristo. Por otra parte, cuando san Benito habla de “soportar”, “llevar” sobre sí a alguien física o moralmente frágil, ¿no evoca la imagen de una madre que lleva en sí o entre sus brazos un niño?

Toda conversión debe por lo tanto pasar por ahí, pasar del sufrimiento estéril al sufrimiento fecundo del parto. Como para san Pedro. “¿Me amas?” (Jn 21): es la invitación y el ofrecimiento que Jesús le hace de pasar del sufrimiento todavía estéril de la negación y del remordimiento, o del voluntarismo de dar su vida, al sufrimiento del parto, al sufrimiento fecundo: “¡Pastorea mis ovejas!”.

Por esto, todo sufrimiento por amor es un sufrimiento de parto, como Jesús recuerda en su discurso durante la última Cena: “En verdad, en verdad os digo que lloraréis y os lamentaréis, y el mundo se alegrará. Estaréis tristes, pero vuestra tristeza se convertirá en gozo. La mujer, cuando va a dar a luz, está triste, porque le ha llegado su hora; pero cuando ha dado a luz al niño, ya no se acuerda del aprieto por el gozo de que ha nacido un hombre en el mundo. También vosotros estáis tristes ahora, pero volveré a veros y se alegrará vuestro corazón y vuestra alegría nadie os la podrá quitar” (Jn 16,20-22).

Existen en el Evangelio y en la Regla señales que muestran cada sufrimiento que se une al amor, como son la ofrenda, el perdón, la paciencia, el servicio, el don de la vida. Y estas son dimensiones características de la paternidad/maternidad, del engendrar. “Dar la vida” significa al mismo tiempo morir y engendrar; dar la propia vida, perderla, y dar la vida a otro, generarlo. Los dos movimientos son distintos, pero también coinciden. Hay momentos, experiencias, en las que coinciden, momentos en los que engendrar quiere decir sufrir y morir, y quizá el sufrimiento se encuentra sobre todo allí donde el don de la vida, el “morir por el otro”, no está seguro de engendrarlo, de dar la vida al otro, no garantiza que el otro viva. Es el sufrimiento de la agonía, de la Pasión de Jesús, la de dar la propia vida sin estar seguro que todos los hombres se dejen engendrar, vivificar, por este don.

Pero Jesús nos da testimonio de que en esta prueba, en esta agonía, se encuentra el consuelo de una fe: de la fe en que el engendrar es más fuerte que la muerte, que el don de la vida, en cuanto paternidad, es ontológicamente más fuerte, más poderoso que el don la vida a través de la muerte por la que debe pasar; la fe que cree que los dolores de parto cederán su puesto a la alegría de la vida del hijo; la fe en que la Pascua es más fuerte que el Viernes Santo, que el Sábado Santo; la fe de María, típicamente femenina, típicamente materna. Jesús, en la cruz, confiando Juan a María, es como si se apoyase en la fe materna de su Madre. Su don de la Vida a través de la muerte en Cruz engendra el pueblo de los redimidos, engendra la

Iglesia. La fe de María lo conforta, le da la certeza de que esto sucederá de verdad, a pesar de todas las apariencias de abandono y negación por parte de los suyos.

El parto es el verdadero sentido de la agonía, lo que hace que la agonía sea para la vida y no para la muerte. La agonía de la Priora en *Diálogo de Carmelitas* de Bernanos es terrible, porque ella ha de engendrar a la vida de Cristo a su hija más pequeña, la más frágil, Blanche de la Force. La agonía del Cura rural, que dura durante toda la novela, es también la de engendrar su rebaño. El Cura describe así en su Diario el momento en el que se encuentra ante el cuerpo de la condesa que ha acompañado para vivir en la libertad de los hijos de Dios poco antes que muriese: “He levantado el velo de muselina, rozado con los dedos la frente alta y pura, llena de silencio. Y yo, pobre pequeño sacerdote, ante a aquella mujer ayer aún tan superior a mí por la edad, el nacimiento, la fortuna, la inteligencia, he comprendido – sí, he comprendido – lo que es la paternidad” (p. 171).

La ley del engendramiento es que todo el sufrimiento que contiene se ve superado por la vida, por el amor, por la alegría. Y esta ley es universal, como una imagen divina inscrita en toda la creación; es la que san Pablo describe así en su carta a los Romanos:

“Porque estimo que los sufrimientos del tiempo presente no son comparables con la gloria que se ha de manifestar en nosotros. Pues la ansiosa espera de la creación desea vivamente la revelación de los hijos de Dios. La creación, en efecto, fue sometida a la vanidad, no espontáneamente, sino por aquel que la sometió, en la esperanza de ser liberada de la servidumbre de la corrupción para participar en la gloriosa libertad de los hijos de Dios. Pues sabemos que la creación entera gime hasta el presente y sufre dolores de parto. Y no sólo ella; también nosotros, que poseemos las primicias del Espíritu, nosotros mismos gemimos en nuestro interior anhelando el rescate de nuestro cuerpo” (Rm 8,18-23).

El puesto del sufrimiento en el amor es el engendrar, imagen y semejanza, en la creación, del Engendrar eterno del Hijo por el Padre en el Espíritu Santo. La gracia de la Encarnación de Cristo, de su Pasión y de su Muerte, y la gracia del don del Espíritu es que nuestro sufrimiento puede llegar a ser trabajo de un parto donde el amor es el de Dios, donde el amor es el Espíritu Santo en nosotros, y cuyo fruto es Cristo, el Cuerpo de Cristo, la Iglesia.

San Pablo habla de los “gemidos inefables” del Espíritu (Rm 8,26). El Espíritu Santo, que no es más Amor, gime. El Espíritu en el que el Padre engendra eternamente sin dolor al Hijo, asume el trabajo del parto de los hombres para que nazcan a la vida filial. Se hace gemido del Crucificado que grita para dar a luz la Iglesia de su costado traspasado...

Es en este sentido en el que el amor es más grande que el sufrimiento. Sufrir con la esperanza de un parto, con la esperanza de una vida nueva es posible, porque esta no viene de nosotros, es un don de Dios. De otra forma, el sufrimiento es estéril, auto-com-pasión, e esto es contradictorio y absurdo, es una mentira, una desviación sobre sí mismo del sufrimiento por el otro.

La gracia está en darse cuenta de ello. La gracia de las gracias es que hasta el sufrimiento estéril, que es frecuentemente el nuestro, pueda también él ser ofrenda para un engendrar misterioso que resucita incluso nuestro amor.